

lestias, resolví aguardar el curso de los acontecimientos. Eché llave a la puerta y llevé el maletín al cuarto de baño para examinar allí su contenido. Me quedé aterrado. Había muchos fajos de billetes de mil francos prolijamente atados con hilo, cuyos nudos estaban resguardados por redondeles de lacre. Extraje un fajo y conté hasta cien billetes. El total de los restantes hacía una suma de dos millones de francos. Cerré el maletín y lo arrojé en el cesto de la ropa...

El corazón quería salirseme por la boca. ¿Qué hacer? Relataría al juez la forma en que Hamilton me había hecho depositario de aquella maleta? ¿Cómo probaría mi ignorancia respecto a la fortuna que encerraba? ¿De quién era ese dinero? ¿Procedía de un robo? ¿Pertenería a los conjurados en contra de la dictadura mejicana? ¡Oh! Fueron diez minutos de cruel angustia y de terrible vacilación. ¡Dos millones de francos! ¡La felicidad! ¡La fortuna inverosímil! ¿Y si me callase, hasta ver si alguien me reclamaba la devolución? ¡Oh!... no... eso sería una indignidad. ¿Pero si no lo sabía nadie?...

Y así, en un mar de confusiones, pasaba de la cama al sofá, del sofá a una silla, seguido siempre por el espectro de Hamilton...

¡Pobre Hamilton! Aun me parece estar oyéndole decir: "Salve esto....! ¡Guárdeme usted esta maleta!"

¡Dos millones! Y allí los tenía! ¡Eran míos! ¡Míos! ¡Dos millones! ¿Por qué devolverlos?